

ANTONIO PEREIRA, de bien decir amigo

Por José Gerardo Manrique de Lara

EN la raya de El Bierzo, donde asoma Asturias y Galicia acecha, está el paisaje hecho un hombre con la espetera hirsuta y la entraña húmeda. Y así sucede que la flora revienta en meneos de brisa y el rumor de la palabra se allana por vallejitas y hace que crezca esa última dimensión de lo solemne que pone capa pluvial al peregrino que se acoge a la sombra templaria donde la piedra suda, ahíta de inciensos, y se nos muestra como un abrevadero que estremece los ijares después de la galopada. Esa raya de El Bierzo rebelde a toda voluntad de hacerse castellana, celta o astur, es la que pisa en su mocedad con deleitosa y anarquizante entrega el escritor Antonio Pereira, forjándose allí donde la tierra parece alimentarse de oscuros arrastres de impaciencia, en esa comarca que se llama Bierzo o cierzto de retranca galaica o de celtiberia ostrogoda. Y allí nace, porque le conviene, el llamado Pereira; Perera si fuese castellano del todo, pero ya no estamos seguros de ninguna clase de genealogías, porque necesariamente hemos de sublimarnos en actos de presente para salvar otra vez nuestra historia y hacernos acreedores de nobleza en un futuro crítico. Es una manera de invertir nuestro árbol genealógico, siempre expuestos a que el gran leñador nos tale la vida, y con ella, la esperanza. A Pereira le explican los reinos de taifas y el experimento de Torricelli en Ponferrada. Es allí donde empieza a darse cuenta de que Josué no pudo detener la carrera del sol si había que hacer caso de lo que el profesor decía de Ptolomeo y Copérnico en la clase de física. Y es a través de esa vaharada matinal, que se produce cuando el valle bosteza, despertándose a trancas y barrancas con la cencerrada del esquilon, donde el poeta, ya predestinado desde no se sabe qué designios, asiste al espectáculo de una lenta amanecida y entra cuando ya adolece -la adolescencia es un miedo mortal a sentirse definitivo, a verse adolescente- y asiste al espectáculo de la vida, tan simple, tan sereno, para en definitiva, tan gran espectáculo.

Antonio Pereira, observador impenitente de cuanto le rodea y versador para la buena causa de cuanto al corazón le llega, se pasa del verso trascendido de poeta hondo -social porque le pete- a poeta de la arriscada prosa. Tanto en ella se compromete y tan buen punto consigue, que lo mismo le da echar por el camino de la tradición finisecular, tan rica en nuestra novela, como por la compacidad del nuevo estilo, que tanto exige del magín como de los mundos de relación soñados y vividos.

Aquí tenemos para nuestro solaz a un gran poeta, de quien todavía no se ha dicho la última palabra, y a un gran prosista, que sabe contar lo que ve y lo que le pasa. Bajo estas dos anhelaciones subyace su mundo creador. De una parte, su riqueza descriptiva le sitúa en la zona más eminente de nuestros narradores. Y, por la otra parte, su riqueza interior, su mundo sensitivo, nos proporciona un rico universo de sugerencias, en las que no hay sitio para diversiones de esteta, que se quedan en agua de borrajas. Lo que Pereira decida contarnos será siempre lo que el tiempo, ordenado debidamente por vía cordial, le permita que nos cuente. Y como hombre de buena pluma, porque sostengo que es el escritor el que pondera y hace el tema significativo y nunca el tema el que inviste a quien lo trata, no hará falta que su atención se dedique a graves trascendencias. Bastará con que Pereira se ocupe de recordar cualquier rincón de su nostalgia para que nos encontremos de pronto con la más estimulante de las sugerencias. No sé si le prefiero en el verso, dando fe de una aparición virginal sin iluminaciones, tránsitos ni fanfarrias, como aquella vez en que nos cuenta, en Cancionero de Sagres, la potencialidad del esperado milagro por cuanto

Dicen que puede volver
la Virgen. De todas partes
corren testigos

Esa era la voz que corría, pero allí en medio estaba una moza oliendo a membrillos, en la que nadie reparaba...

En su vientre sellado
duerme una primavera ancha de trigos.
-Muchas se le parecen
en cualquier barrio donde morimos-.
Ningún sol la señala. Nadie pregunta.
con qué ángel vino.

Y Antonio Pereira seguirá poniendo en limpio sus palabras:

Esta sí, aquélla no, por si algún día
dan con mi voz dormida en los estantes

Y esto es cosa que ocurre, aunque a él y a mí nos asombre. Surge, inevitablemente, la rebelión de las sombras y la palabra permanece porque nosotros nos hemos quedado en ella como un trigo suelto que germina contra la voluntad del tiempo. A Pereira le hubiera gustado hacer saber al canónigo de la catedral de Braga lo que a través del tiempo le deparaba su genealogía. Si en realidad era pariente del obispo "Fructuoso llamado", eso es algo que no debe quedarse en intención de confidencia. Pero ningún recuerdo, ningún acto de los que componen nuestra existencia se nos desnuda hasta el punto de perderse. Todo lo más, se queda en Braga.

Confirmando cuanto dije en principio: Pereira es un observador de excepción, con una gran pluma, con humor y estilo, y le debe su gracia expresiva, su buena parla y su saber hacer a sus principios literarios, a sus años de "Espadaña" y "Alba" y a los libros que siguieron después -*El regreso, Del monte y los caminos*, el ya nombrado *Cancionero de Sagres y Dibujo de figura*-, en los cuales dejó bien probada su capacidad y sus dotes de gran escritor, que iba a encontrar en la prosa todavía un camino más ancho para dar rienda suelta a su imaginación, para motivar con holgura su gracejo y su lengua castiza de ilustre comarcano de esa inquietante y sugestiva raya de El Bierzo.

OBRAS DE ANTONIO PEREIRA

POESÍA

El regreso. Madrid. Ed. Rialp. 1964. Colección Adonais.

Del monte y los caminos. Barcelona. 1966. Colección El Bardo.

Cancionero de Sagres. Madrid. 1969. Colección Arbolé, 7.

Dibujo de figura. Barcelona. 1972. Colección El Bardo.

NARRATIVA

Una ventana a la carretera. Barcelona. Edit. Rocas. 1967. Premio "Leopoldo Alas".

Un sitio para Soledad. Barcelona. Plaza & Janés, 1969. Colección Prosistas de Lengua Española.

La costa de los fuegos tardíos. Barcelona. Plaza & Janés, 1973

El ingeniero Balboa y otras historias civiles. Madrid. E.M.E.S.A. Colección Novelas y Cuentos.